

Ética y espiritualidad en las fronteras de la comunicación actual

■ Rolando Pérez
Comunicador peruano, Asociación Mundial para la Comunicación Cristiana, WACC.

Pensar la comunicación desde una espiritualidad encarnada en nuestra “latinoamericanidad” es, sin duda, encontrarnos con enormes desafíos éticos que continúan interpelando nuestra misión profética, así como nuestro quehacer y que-pensar pastoral. Leyendo la información de los medios y acercándome a la gente en estos días que he retornado al Perú, puedo percibir dos aspectos que merecen ser tomados en cuenta para nuestro análisis.

Por un lado, las relaciones entre los/as ciudadanos/as y el liderazgo político sigue marcada por la desconfianza; y por otro lado, las brechas de desigualdad económica, social y cultural se extienden cada vez más. Ambos rasgos constituyen evidentes barreras que no permiten construir una sociedad éticamente saludable.

Quisiera pensar con ustedes en dos de las fronteras éticas en donde la comunicación puede o debe jugar un rol crucial en nuestro tiempo en América Latina. La recuperación de la memoria —que está ligada al tema de la reconciliación y las reparaciones concretas y simbólicas—, y nuestra incidencia profética en la esfera pública.

En nuestras mentes y en nuestros sentimientos están presentes —como expresa bien la teóloga centroamericana Violeta Rocha— las imágenes de un pasado muy cercano con sus danzas de dolor y de odio, lutos y tristezas. La guerra nos envolvió a todos y todas con su manto de sangre, llantos, violaciones, que hacen que sigamos lidiando con el difícil camino de la reconciliación y la paz. Lo que da cuenta nuestra historia latinoamericana son partes de guerra con sabores amargos; pero, por otro lado, hay signos visibles de que anhelamos tercamente vivir en paz. En medio de las insensibilidades, desmemorias y atropellos de aquellos que administran la política formal, hay gestos ciudadanos que buscan mantener viva nuestras memorias. Mientras las heridas del pasando no terminan de cerrarse, asistimos al mismo tiempo a la emergencia de un proceso de otras violencias estructurales no menos peligrosas e inhumanas que cobran víctimas en el diario vivir de la ciudadanía y que nos introduce en otras crisis.

He tenido sentimientos encontrados en estos días al retornar al Perú, porque me encuentro con un escenario político y social en donde el respeto a los Derechos Humanos no logra aún conciliar con la cultura democrática. Desde sectores influyentes del gobierno se concibe la opinión discordante como un factor desestabilizador; la movilización social y la protesta es vista como una amenaza al sistema democrático, y lo que es más doloroso, las víctimas de la violencia política siguen esperando no sólo gestos de perdón, sino señales de una verdadera reparación, es decir el encuentro con una real reconciliación, una verdadera construcción de la paz y afirmación de la justicia. Precisamente, un hecho que ha vuelto a conmovernos a los peruanos es un reciente hallazgo de las horribles huellas de la guerra.

Cerca de 60 restos óseos de mujeres, varones, niños y niñas de diversas edades se han encontrado en el proceso de exhumación que se viene realizando en la fosa común más grande del Perú, la primera de cinco por exhumar, ubicada en la comunidad de Putis, altura de Huanta, Ayacucho, donde estarían enterrados aproximadamente 126 personas. La primera fosa en proceso de exhumación presenta restos desordenados unos sobre otros, es decir entremezclados que dificultan su levantamiento, además por su poca profundidad y la presencia de restos incompletos

hace presumir que fueron profanados... Lo que llama la atención es la presencia de restos de niños y niñas entre las edades de 6-12 años, al igual que objetos asociados como anillos y ganchos de mujeres y proyectiles de armas de fuego alojados entre las ropas... Testimonios recogidos entre los familiares que esperan después de 24 años recuperar los restos de sus víctimas brutalmente asesinadas por las fuerzas militares dan cuenta del terrible sufrimiento que ellos viven aún y el deseo que tienen dar un entierro digno a sus seres queridos y lograr justicia de parte de las autoridades.

Hechos como lo redescubierto en la comunidad de Putis nos vuelven a recordar que aquellas heridas que la violencia, o el racismo, el autoritarismo ha generado, continúan abiertas, y que la reconciliación y la tarea por mantener viva nuestra memoria colectiva es aún una tarea pendiente. El hallazgo de Putis nos ha vuelto a recordar que las víctimas aun están allí, olvidadas, empobrecidas, excluidas. Las imágenes nos vuelven a mostrar aquellos rostros que claman cada día por una sociedad que no siga dándoles la espalda, por una Iglesia más sensible al dolor humano, menos desmemoriada, que no renuncie a su misión profética, y que exprese una espiritualidad basada en la compasión y la justicia.

Nuestras intensas luchas de estos años por la recuperación de la democracia y contra la violación de los derechos humanos en el Perú; los anhelos del fin de la violencia en Colombia; la aún esperanza por una verdadera paz que anhelan nuestros hermanos y hermanas en Centroamérica; la afirmación de una democracia que elimine las desigualdades en Bolivia, nos muestran un escenario desafiante para la misión de los comunicadores cristianos aquí y ahora. Pero, al mismo tiempo, en medio de esta tierra golpeada y convulsionada, encontramos rostros, rastros e historias de los ciudadanos y ciudadanas de a pie quedan cuenta que nuestra gente se resiste cada día a vivir en un mudo deshumanizado y excluyente, a ser cómplices de un sistema que intenta cada día asesinar nuestra memoria colectiva, y por lo tanto, reprimir el testimonio de las víctimas, y anular la posibilidad de que el conocimiento del sufrimiento y la injusticia mueva a los ciudadanos a reaccionar frente al atropello.

El ejercicio de mantener viva nuestra memoria colectiva es hoy uno de los ejes centrales de nuestro quehacer comunicacional. Una pastoral de

la comunicación que se afirme desde una perspectiva profética de la espiritualidad no puede soslayar la importancia de construir una ciudadanía viva, activa y crítica, que es capaz de mantener vivo el pasado en el tiempo presente. En este contexto que la memoria colectiva recupera el sentido comunitario, y por lo tanto comunicacional de la experiencia ciudadana, porque la experiencia del pasado aun cuando no nos tocó directamente podemos sentirla como nuestra, en tanto que el dolor y la alegría del otro y la otra me implica. Sólo desde esta perspectiva es posible construir una ética comunitaria que se afirme en la humanización de nuestras relaciones. Precisamente, como sostiene Cecilia Tovar, la ética surge como indignación ante todo aquello que deshumaniza a las personas, y su exigencia fundamental es la humanización de la vida y de la historia.

Este carácter humano y comunitario de la ética es el que permite que en ella podamos coincidir creyentes y los que a veces solemos llamar “no creyentes”, ya que nuestra implicación ciudadana nos compromete con las mismas obligaciones éticas y morales básicas. Esto nos recuerda que una espiritualidad liberadora no puede ser tal sino incorpora a su acción una ética de la alteridad, aquella de la lógica de la proximidad que implica el respeto del diferente, la actitud de la acogida, la comunicación interactiva, el dialogo interreligioso, pero sobretodo el reconocimiento de las alteridades negadas, silenciadas y oprimidas. En otras palabras, significa celebrar y disfrutar de la diferencia en el contexto de la comunidad plural.

El encuentro con las alteridades negadas es posible observar en muchos pasajes de la vida de Jesús. Por ejemplo, en la parábola del Buen samaritano, Jesús pone a un heterodoxo como ejemplo a imitar por su acogida de una persona maltratada. El mismo mensaje se traduce en su encuentro con la Samaritana que, además de ser mujer, pertenecía a una tradición cultural y a un credo religioso distintos al suyo. El imperativo ético aquí es: reconoce, respeta, valora y acoge al otro, a la otra, como diferentes, porque la diferencia enriquece nuestra espiritualidad. Esta perspectiva nos invita a cultivar y producir nuevas formas de espiritualidad. Gustavo Gutiérrez describe en *Beber de su propio pozo*, el crisol de espiritualidades que han surgido en América Latina, así como los principios supremos de esta espiritualidad que habían acompañado las luchas de los pueblos. En el corazón de esta espiritualidad está la gratuidad del amor de Dios, que

hemos recibido y queremos compartir con otros. Planteada desde esta perspectiva, la espiritualidad es una aventura comunitaria, es decir es el paso de un pueblo que hace su propio camino en seguimiento de Jesucristo a través de la soledad y amenazas del desierto. Esta experiencia espiritual es precisamente el pozo del que tenemos que beber, sostiene Gutiérrez.

Esta reflexión, nos interpela sobre un aspecto en el que desde la comunicación podemos contribuir, y tiene que ver con el hecho de construir puentes para aprender a caminar con otros en la tarea de hacer visible nuestro andar en el Espíritu junto y con los excluidos y excluidas de la sociedad.

Precisamente, esta dimensión de la otredad en la comunicación cristiana nos recuerda que no podemos caminar solos en nuestras aventuras proféticas. “No podemos embarcarnos solos en los esfuerzos de aportar y de apostar por un mundo más justo y más humano. Otros y otras trabajan desde otros lugares y con ellos y ellas podemos hacer camino para que la palabra sea de todos y que la reconciliación sea esperanza cercana, y alcancemos a ser partícipes del contenido esencial del evangelio: La encarnación de la Palabra entre nosotros/as para reconciliar el mundo y devolver a cada quien el significado de la libertad plena”.

En términos prácticos, considero que hay por lo menos dos aportes que podríamos hacer desde la comunicación:

a. Ayudar a reconstruir nuestra memoria: recuperando los relatos de vida

El escritor uruguayo Eduardo Galeano sostiene que hay un vacío en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Dice él que necesitamos colocar un artículo más en esta Declaración, y es el “Derecho a recordar”. Precisamente, en una sociedad fragmentada como la nuestra, de muchos acontecimientos fugaces, relatados por los medios a modo de vídeoclip, rápidamente olvidamos las historias que nos recuerdan no solo los hechos desagradables, sino también aquellas acciones comunitarias o ciudadanas que han transformado la muerte en vida, y la violencia en signos de paz.

Esto me hace recordar, por ejemplo, a los familiares de los encarcelados, a las madres y esposas tocando las puertas de las iglesias, los medios y las instituciones defensoras de los Derechos Humanos, o gritando en la plaza pública por la libertad y la vida de algún ser querido. Pero, también pienso en la labor de muchas congregaciones cristianas que están involucradas aún en esfuerzos de solidaridad a favor de los más débiles o excluidos de la sociedad.

Son gestos, muchas veces pequeños pero de mucha profundidad ética y de mucho valor profético. Pero, necesitamos trabajar desde la comunicación para que estas experiencias, estos relatos sean visibilizados, narrados pedagógicamente, de modo tal que puedan generar nuevas solidaridades, nuevas esperanzas, nuevas resistencias, nuevos compromisos, es decir que nos inviten a pensar y creer que otro mundo es posible. De lo que se trata es de recuperar las experiencias vividas, a fin de que nos ayuden a construir esfuerzos solidarios activos y resistencias pacíficas que generen transformaciones.

Estos relatos deben ser contruidos ligando las biografías personales con la vida social, de modo que nos permitan reconocer no sólo las diversas formas como se expresa la violencia, sino también las posibilidades de fundar una nueva ética de la convivencia y el ejercicio de la vida en comunidad. En esta misma línea, es importante que nuestros proyectos de comunicación puedan establecer conexiones entre las experiencias vividas en el presente, con aquellos relatos de nuestra memoria histórica, pero también con las utopías de vida, que son aquellas esperanzas viables que nos permiten soñar con un mundo nuevo, con una comunidad que dignifique la vida humana. De igual modo, necesitamos conectar las experiencias personales vividas en comunidades pequeñas con las comunidades o redes más amplias, a fin de integrarlas a las transformaciones más estructurales de la sociedad. Este enfoque de la narratividad, es decir del modo cómo contamos las experiencias de la gente, da cuenta del modo cómo queremos anunciar las Buenas nuevas del Reino de Dios y qué tipo de incidencia queremos producir en la gente, en los líderes, en la opinión pública. Nuestra apuesta debe ser la de hacer que las historias que narramos produzcan no solo indignación, sino también esperanza y solidaridad.

b. Construir comunidades de confianza

En un contexto marcado por la intolerancia, el racismo, la falta de respeto a los derechos esenciales, necesitamos construir comunidades de confianza o hacer de nuestras comunidades espacios en donde la gente sienta que es reconocida y valorada. En ese sentido, necesitamos trabajar desde aquellas comunidades ya constituidas, como la familia, las iglesias, el barrio, la escuela, a fin de recuperar las afectividades personales, cultivar los lazos de solidaridad, hacer del encuentro humano una experiencia de sanidad emocional. Solo así construiremos una gran red humana de solidaridad que poco a poco levante comunidades nuevas que sean capaces de convertir la palabra, el canto en experiencias concretas de reconciliación y de paz.

Estuve recordando en estos días mi experiencia en el trabajo pastoral con los encarcelados. Muchos de los inocentes que fueron encarcelados acusados por terrorismo fundaban en la prisión verdaderas comunidades de fe. Católicos y protestantes se reunían para cantar, orar y leer la Escritura. Este espacio era para ellos un lugar no solo de encuentro con Dios, sino también de encuentro con el otro, en donde disfrutaban de la gracia de ser comunidad en medio del sufrimiento de la prisión. Paradójicamente, cuando recobraban la libertad e intentaban incorporarse a las comunidades cristianas a las que antes pertenecían, se encontraban con iglesias emocionalmente frías, con marcados rasgos de individualismos y con una ritualidad que no daba lugar al abrazo o a la sonrisa o a la escucha. Muchos nos decían: “con una iglesia así, prefiero retornar a la prisión, porque allí sí que vivíamos un verdadero espíritu de hermandad y compañerismo”.

Luis Jaime Cisneros hizo una brillante reflexión sobre la fe, en su discurso con motivo de la presentación de libro por los 80 años del Padre Gustavo Gutiérrez. Su reflexión nos invitaba a evitar el aferrarnos a una fe accidental y transitoria, y nos planteó la necesidad de vivir una espiritualidad que recupere la dimensión terapéutica de la fe, es decir aquella que hace que los ciudadanos y ciudadanas encuentren en la comunidad cristiana solidaria el acto liberador de la amistad, que hace que la vida sea libre, bella y llena de esperanza. Nuestras apuestas políticas, nuestros proyectos liberadores en la perspectiva de caminar con las excluidas y

excluidos de la sociedad no puede desconocer este aspecto que está en el corazón del acto comunicacional. El documento de Aparecida precisamente recupera este aspecto en el contexto de la opción preferencial por los pobres en América Latina, cuando plantea que “sólo la cercanía que nos hace amigos nos permite apreciar profundamente los valores de los pobres hoy, sus legítimos anhelos y su modo propio de vivir la fe. La opción preferencial por los pobre debe conducirnos a la amistad con los pobres”.

Un segundo aspecto sobre el cual me gustaría pensar en términos de los desafíos éticos para la comunicación cristiana, es el de nuestras incidencias en la esfera pública, es decir la manera cómo visibilizamos la voz y los rostros de los excluidos y excluidas del continente. Esto está muy relacionado con la necesidad de vincular nuestra espiritualidad con la ética pública, con nuestra responsabilidad ciudadana.

Los/as comunicadores/as cristianos/as podemos hacer un valioso aporte al tema de conectar la ética pública con la ética privada, así como las responsabilidades cívicas a nivel de lo personal y lo colectivo. Porque lo que nos interesa es cómo cambiamos la vida en su integralidad. No es posible crear ciudadanía y participación si existe un divorcio entre lo público y lo privado de nuestra experiencia cotidiana. Este sería el lugar de intersección básico para recrear esa coherencia de vida que esté en condiciones de transformar las inequidades y desigualdades, así como de eliminar la exclusión y la discriminación en la experiencia de la convivencia comunitaria.

Un interesante estudio desarrollado en Chile sobre las percepciones de la gente respecto a los cambios sociales, da cuenta de lo siguiente:

Las personas tienden a expresar aspiraciones referidas a sí mismas o su familia. Afloran deseos de promoción social, de superación personal, de poder “ser sí mismo” y tener una vida espiritual más plena. Concordante con tales anhelos de bienestar y búsquedas de sentido, Chile conoce un auge de las terapias, de diversos grupos de apoyo y de manifestaciones masivas de espiritualidad religiosa (tanto católica como evangélica). Ya no se trata de “cambiar el mundo” como en los años sesenta, sino de “cambiar de vida”, sea porque es lo más significativo, sea que parece ser

lo único que se puede cambiar. Dichas aspiraciones frecuentemente son enunciadas a partir de la queja; hay un sentimiento de carencia que duda poder ser satisfecho. La carencia se expresa, en parte, como resignación; es mediante la constatación de la discriminación y la exclusión que se vislumbra el sueño de bienestar. Por otra parte, prevalecen manifestaciones de desencanto; las experiencias de vacío y saciedad parecen no poder ser superadas en el futuro previsible.

En esa línea la espiritualidad puede jugar un papel importante pues funciona de camino y conexión entre la ética personal y la pública. Lamentablemente muchas iglesias y religiones han priorizado una sobre otra o han tendido a separarlas. Lo cierto es que cuando hoy hablamos de la afirmación de la ética ciudadana implica pensar en la tarea de reconstrucción de ese sujeto dividido.

Sobre este punto, es importante destacar que los medios de comunicación alternativos, especialmente desde la radio, están jugando un rol importantísimo en la tarea de conectar en la experiencia ciudadana el mundo personal y las dimensiones de la vida colectiva. Las redes de comunicación a las que están incorporadas nuestras radios cristianas han tenido un proceso pedagógicamente valioso en los últimos años en términos de valorar sus voces, sus formas de contar sus historias.

Sin embargo, el discurso religioso de nuestras radios aun tiene marcadas debilidades en cuanto a la necesidad de conectar las búsquedas espirituales personales con los anhelos colectivos por una sociedad diferente. Muchas veces el propio discurso litúrgico y los rituales propiamente religiosos están desconectados del mundo real y cotidiano de los y las creyentes.

Por el lado de los grandes medios de comunicación, observamos aún inmensas barreras para potenciar el valor pedagógico de la palabra. La sobreexposición de las imágenes, la cultura de la publicidad ha puesto en escena el discurso de la vida cotidiana asociándolo con el espectáculo, con la frivolidad, o con la confrontación. Pero, por otro lado, muchas campañas ciudadanas que nuestros movimientos y redes han desarrollado, dan cuenta que a pesar de estas barreras es posible entrar creativa y estratégicamente al espacio mediático comercial.

En este contexto, los medios alternativos siguen y seguirán siendo espacios válidos y necesarios para empoderar a los excluidos y excluidas de la sociedad, pero necesitamos incidir en la agenda pública que se construye desde los grandes medios masivos, porque “es necesario, no sólo encontrar el modo de garantizar a los sectores más débiles de la sociedad el acceso a la información que necesitan, sino también asegurar que no sean excluidos de un papel efectivo, significativo y responsable en la toma de decisiones sobre los contenidos de los medios, y en la determinación de las estructuras y líneas de conducta de las comunicaciones sociales”.

Esto está vinculado con aquella perspectiva de que necesitamos construir un discurso público alternativo, pero no marginal, que comunique una ética nueva en una sociedad fragmentada y violentada por los discursos dogmáticos, autoritarios e intolerantes. Necesitamos construir un discurso que convoque al diálogo inter-cultural e inter-religioso, a la complicidad con el bien común, una palabra que con coherencia ética y con autoridad moral interpele a las autoridades, pero también a los ciudadanos y ciudadanas, a fin de generar resistencias democráticas y creativas frente a las injusticias, al atropello de la dignidad humana. De lo que se trata es de promover y construir ciudadanía activa, que se sostiene en la idea de pertenencia, vinculación y membresía a una determinada comunidad política entre cuyos miembros se establecen relaciones de interdependencia, responsabilidad, solidaridad y lealtad. Esta es una noción integradora, porque vincula las expectativas individuales con las demandas sociales, el quehacer colectivo con las lógicas subjetivas de la intervención ciudadana.

En ese sentido, necesitamos generar estrategias creativas para romper con la cultura de la exclusión que los medios masivos legitiman cotidianamente. Esto significa crear puentes y relaciones con los medios que legitiman la agenda pública, a fin de que la voz o la opinión de los ciudadanos y ciudadanas, especialmente de aquellos excluidos por el sistema sea valorada e incorporada al debate. Esto significa, en muchos casos, repensar nuestras estrategias de relación, construir nuevos códigos de comunicación así como nuevas maneras de leer la realidad, acompañar a los líderes de opinión que surgen de las iglesias y movimientos cristianos. Pero, estas estrategias corresponden a una dimensión de

nuestra acción profético-comunicacional en la sociedad que tiene que ver con el hecho de ser y estar significativamente en el mundo, que implica hablar de presencia, incidencia, relación, y capacidades de interlocución, con la gente, con los líderes de opinión, con los actores de los medios, con el estado, con las organizaciones de la sociedad civil. El llamado de la evangelización es a anunciar la Buena Nueva en el mundo, no desde la perspectiva del predicador tradicional de púlpito, sino desde la perspectiva de la incidencia en la plaza pública, en los “ágoras” de este tiempo.

En esta línea, y citando al filósofo francés, Olivier Abel, Violeta Rocha nos propone sostener nuestro quehacer comunicacional sobre la base una ética interrogativa, que sea capaz de colocar la responsabilidad delante de preguntas, de interrogantes y de colocar la convicción frente a la necesaria pluralidad de respuestas posibles. En ese sentido, los comunicadores y comunicadoras cristianas debemos aprender no sólo a problematizar las situaciones sino también a interpretarlas e interrogarlas.

Hoy, se hace necesario plantearnos nuevas preguntas: ¿Cómo interpretar los discursos, cómo analizarlos? ¿Cómo comprender los tiempos? ¿Dónde ubicar nuestras utopías? ¿Dónde nos situamos en este momento de nuestra historia? ¿De qué están hechos nuestros relatos de espiritualidad? ¿Quiénes realmente nos escuchan, nos ven o nos leen? ¿Cómo nos ubicamos en medio de los gestores de las creencias?

Recojo aquí las preguntas que la revista *Signos* levanta a modo de reflexiones a propósito del encuentro de los Obispos católicos latinoamericanos en Aparecida, Brasil, porque creo que siguen siendo vigentes. Como cristianos, ¿estamos siendo significativos para la inmensa mayoría de pobres excluidos de nuestros países? ¿Estamos siendo significativos para los jóvenes inmersos en un mundo vertiginoso de cambios tecnológicos y culturales? ¿Estamos siendo significativos para las culturas indígenas emergentes, pero con mayor identidad y exigencias? ¿Estamos siendo significativos para los luchadores por una economía solidaria, por una democracia no excluyente, por una sociedad internacional en verdadera justicia? De la respuesta a este tipo de preguntas depende el futuro de nuestras iglesias.

Quizás podríamos agregar una pregunta más: ¿Cuánto ha sido renovado nuestro diagnóstico para reconocer los rostros y voces de los excluidas y excluidas de este tiempo? Esto implica volver nuestra mirada hacia la gente, para reconocer sus espacios, sus rituales, sus medios, sus miedos, sus sueños, sus alegrías. Muchas veces nuestras estrategias de evangelización, de misión, de comunicación se construyen hoy sobre las lógicas y presupuestos del ayer. Por ello, se hace sumamente necesario conocer y comprender el mundo actual desde los modos cómo la gente produce, consume y sueña.

Estas preguntas e interpelaciones a nuestro quehacer comunicacional, en tanto misioneros en esta nuestra tierra latinoamericana, nos desafían a pensar en los nuevos sentidos y estrategias para nuestro quehacer pastoral. En sentido, podemos rescatar aquí lo planteado por Luis Ignacio Sierra, en el sentido que desde una perspectiva comunicacional y Latinoamericana, hacer teología, hacer misión o ejercer la pastoral implica:

- Sentirnos interpelados por el clamor que brota de las mayorías que sufren pobreza, desplazamiento, violencia, terror, intolerancia racial, por todas aquellas organizaciones populares que reclaman un interlocutor democrático que les escuche y valore en su dignidad de hijos de Dios.
- Leer e interpretar en clave de fe salvífica y liberadora, en clave de comunión participante, la multiplicidad de signos, símbolos y significaciones culturales en todos sus matices y descubrir allí la voz, la imagen, el rostro y el mensaje de la trinidad divina.
- Alentar y estimular las pequeñas y grandes experiencias de interlocución, dialogo y participación que se vive sin estridencias en el seno familiar y otras instancias de la vida cotidiana.
- Reconocer en la producción, circulación y recepción de innumerables mensajes el sentido de la vida joven que renace en las nuevas generaciones.
- Aprovechar las nuevas mediaciones que pone a nuestro alcance la tecnología de la información, para empoderar a los desempoderados.
- Compartir significación, sentido y creencias en medio del rico mestizaje de nuestras culturas.

Finalmente, es importante notar que cuando hablamos de la comunicación como liberación, como sostiene Violeta Rocha, estamos afirmando una calidad de la espiritualidad de esta comunicación, para la libertad, para la liberación de tantas situaciones que todavía hacen posible las realidades de víctimas y victimarios. En ese sentido, la tarea de los comunicadores cristianos de este tiempo es la de fortalecer los espacios de mediación, abrir las ventanas masivas de comunicación, re-crear las comunidades de comunicación que ayuden a no dejar en el olvido a las víctimas de estos pueblos crucificados, a evitar la complicidad con el encubrimiento de aquellas realidades de muerte y de silencio.

La apuesta por una pastoral de la comunicación tiene que partir por aquella premisa que asume que para comunicar primero hay que escuchar, ver, sentir, palpar, gustar. Estamos hablando de una comunicación senti-pensante, el de los sentidos y del intelecto que nos recuerda que la opción por los y las más desfavorecidos/as tiene que ver no solo con las grandes luchas para eliminar las causas estructurales de la pobreza, sino también con aquella dimensión del acompañamiento al excluido y la excluida en su caminar. El evangelio de Mateo nos lo recuerda: “El rey les contestará: Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron” (Mateo 25,40).

Quisiera terminar con un hermoso verso escrito por el Obispo metodista Federico Pagura y que ha sido incorporado en el libro editado en homenaje por los 80 años del padre Gustavo Gutiérrez:

*Hoy se confunden los siglos
en un encuentro frontal
siglos que mueren de viejos
y uno que empieza a rodar
del pasado sopla un viento
que es destructivo y letal,
pero también los clamores
por más justicia y por paz*

*¡Vamos a andar,
vamos a andar*

*hijas con hijos del cielo
busquemos la paz!*

*Las iglesias son sepulcros
si no proclaman la verdad,
si no cierran las heridas
y si no enseñan a andar.
las iglesias son paganas
si no denuncian el mal
del “imperio” y del tugurio,
que destruyen por igual.*